

debemos advertir que se halla sin data, y está inserto en las actas de Rimer, al 18.º año del reinado de Enrique II de Inglaterra, y por consiguiente corresponde á 1172 (1).

Dicha bula nos parece menos una nueva concesion, que una confirmacion ó extension de los privilegios anteriormente concedidos. Es evidente que los Templarios estaban sujetos inmediatamente á la Santa Sede, tanto en lo espiritual como en lo temporal; que de ella tenian el poder y la facultad de instituir y destituir presbíteros; que fué la Santa Sede la que les sustrajo de la jurisdiccion del Patriarca; equivocándose la mayor parte de los historiadores al decir que dicha separacion tuvo lugar durante el pontificado de Calixto II, segun unos, y segun otros, siendo Gran Maestre Monteagudo; por fin, tampoco puede admitirse lo que dice el historiador Gaufredi, que en este tiempo fuese Gran Maestre Hugo Geoffroy, preceptor de Provenza, el cual fué escogido por árbitro en las cuestiones que mediaban entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa (2).

Durante el verano de 1172, Saladino en vez de atacar vigorosamente á los cristianos segun las órdenes que tenia recibidas, se entretuvo por espacio de tres meses en merodear y devastar las fronteras de Siria, entre Krac y Montreal. Noradino, que observaba todos sus movimientos, se convenció de que Saladino buscaba el momento de declararse independiente, y por consiguiente de sustraerse á sus órdenes, por cuyo motivo resolvió marchar contra dicho emir y despojarle si le era posible de su mando y dignidad. Bajo este punto de vista firmó una tregua con Amauri, al objeto de no tener al ejército cristiano por obstáculo que le impidiese la realizacion de aquella empresa (3).

En este intervalo, llegó á Oriente el duque de Sajonia Enrique de Leon, seguido de algunos caballeros, y hallando á los cristianos con la tregua de que hemos hecho mencion, y por otra parte no habiendo fuerzas bastantes para hacer frente á Saladino, se contentó el duque con visitar los Santos Lugares, hacer sus ofrendas y mandar se fortificasen algunas plazas; y antes de volverse á Sajonia, entregó á los Templarios más de mil marcos de plata para complemento de su voto (4).

Habia en esta época, siguiendo el Itinerario del judío Benjamin, dos hospitales en Jerusalem, y de cada uno de los cuales salian muy amenudo 400 caballeros para ir á la guerra, sin contar los que llegaban de

(1) Rimer tom. 1, pag. 10.

(2) Hist. de Provenza, tom. 1, pag. 111.

(3) Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 217.

(4) Rerum Brunsvicensium, tom. 3, pag. 723.

Francia, España y otros países cristianos; es evidente que dichos hospitales eran del Temple y de S. Juan (1).

En 1173 tuvo lugar un acontecimiento lamentable, del cual se aprovecharon despues los enemigos del Temple para infamar á toda la Orden, y que no fué sino una falta personal. La apostasia de Milon no hubiera merecido un ápice la reputacion de los Templarios, si no acaeciera otro suceso de grave importancia que ha dado lugar á injustas acusaciones.

Desde algunos siglos se habia establecido en las extremidades de la Siria, entre Fenicia, Anterade y Trípoli, una secta de mahometanos, llamados Batenianos por los árabes, y Asesinos por los cristianos, los cuales eran procedentes de la Persia y habitaban las montañas del Líbano. Su jefe, que se llamaba el Señor de la montaña, era como un lugarteniente del rey de Persia. Esta horda de bandidos y bárbaros, sin ley y sin fe, pero con un odio mortal á los musulmanes y á los cristianos, admitian la metemscosis, el incesto, y sobre todo la bajada del Espíritu Santo sobre sus imanes. La viva persuasion de este último punto les inspiraba una obediencia ciega hasta el punto de afrontar la muerte con una intrepidez sin ejemplo (2), y muy particularmente mostraban dicha obediencia, cuando su señor les mandaba asesinar á algun personaje.

Más de una vez algun extranjero fué testigo de su fanatismo, pues á una señal de su jefe se precipitaban al agua, al fuego y á la punta de sus armas; ellos ejercian su furor indistintamente, tanto con los cristianos como con los musulmanes si les eran de estorbo á sus planes, y bastaba que su señor les señalase la víctima para que aquellos malvados le asesinaran, fuese príncipe ó soberano, introduciéndose en sus mismos palacios para cometer aquel crimen. Su arma era el puñal, y de ahí vino el llamarse Asesinos por la razon de que dicha arma en lengua persa es *hassissin*.

Su territorio ó estado consistia en algunos castillos fortificados en la cima de montañas casi inaccesibles y valles rodeados de desfiladeros, y en sus gargantas tenian sus villas. Su número era de unos 60,000 habitantes, todos crueles, fanáticos y homicidas, de manera que los príncipes vecinos no se atrevian á molestar á estas fieras.

Algunos soberanos, tanto cristianos como infieles, para librarse del furor de dichos asesinos, enviaban de cuando en cuando magníficos presentes al jefe de estos bandidos. Sólo la Orden del Temple hizo una guerra sin tregua á estos mónstruos.

Hallamos en la historia, que un emperador de Mossul, un sultan de

(1) El abate Fleuri: Hist. Eccl.

(2) Disertacion sobre los Asesinos, memoria de la Academia de Inscripciones, tom. 17, pag. 127.

Korassan, dos califas, el uno de Bagdad y el otro de Egipto, fueron asesinados por emisarios del Señor de la montaña sin contar al visir Nazam, á muchos príncipes Seljucidas y otros (1). El mismo Saladino fué atacado diferentes veces; el hijo del rey de Inglaterra fué herido y pudo escapar apenas de sus golpes. Llegó á tanto su maldad é infamia, que alguna vez aparentaban convertirse á la religion cristiana, y se bautizaban para ocultar sus siniestros proyectos, y así tener más fácilmente ocasion de cometer un crimen. Sus crueldades llegaron á tal punto, y sus atentados causaron tanta indignacion, que apenas se concedía el derecho de gentes á sus enviados, de suerte que en algunas ocasiones se amenazó á éstos con arrojarlos al mar.

El primero de los cruzados que pereció por medio del puñal de estos asesinos fué Raimundo II, hijo del conde de Trípoli, que asesinaron al pié del altar en Tortosa (1148).

Los Templarios que ocupaban las plazas vecinas á estos fanáticos, fueron los únicos que tuvieron el valor para vengar la muerte de Raimundo. Después de haberlo meditado bien, encontraron las avenidas para atacar á aquella horda de caribes. En efecto, entraron los Templarios dentro de aquel territorio que se juzgaba impenetrable, y fué tanto el terror que infundieron los caballeros al Señor de la montaña, que se hizo su tributario, comprometiéndose á pagar cada año á la Orden del Temple 2,000 besans de oro que equivalen á 20,000 libras, con tal que no molestasen su pequeño estado. Este señor temía de tal modo á los Templarios, que jamás se atrevió á atentar á la vida de ningun Gran Maestre, aunque le era facil; con cuyo motivo, dice Mezeray, los Templarios podian gloriarse de ser formidables á aquel que era temido de todo el mundo (2).

Dichos bárbaros, cansados de una servidumbre de veinte y cuatro años, se imaginaron que el mejor medio de librarse de ella seria tratar de su conversion al cristianismo; en su consecuencia, el Señor de los asesinatos envió al rey Amauri un cortesano fino y astuto, llamado Boabdelle, quien indicó que su principal, hombre de carácter, despues de haber hecho un estudio profundo del Evangelio, se habia enamorado de sus máximas, adoptado sus misterios, admirado sus prodigios, y habia procurado enseñarlos á sus pueblos; que resuelto á renunciar las imposturas de Mahomet habia mandado destruir las mezquitas, introducido el uso del vino y del jamon; en una palabra, que todos recibirian el bautismo, si se les dejaba gozar de la misma libertad como los cristianos, eximiéndoles del tributo que pagaban á los Templarios (3).

(1) Hist. de los Hunos, término. Asesinos. — Hist. universal, tom. 17, pag. 119, 128, 129, 132, 139.

(2) Hist. de Francia primera edicion en folio, lib. 43.

(3) Guillermo de Tiro, Hist., lib. 20, cap. 21.



Raimundo II, hijo del Conde de Trípoli,
fué asesinado al pié del altar

El rey Amauri, no advirtiendo lo capcioso de estas proposiciones, las aceptó con muestras de alta estima; en cuanto á los Templarios no se ha dicho que rehusasen pagar á tan alto precio una conversion simulada, á lo menos sospechosa; sin embargo es positivo que el rey prometió indemnizar al Temple de su propio dinero la suma del tributo. Se trató al enviado con todos los honores, y para su vuelta le acompañó uno de la guardia del rey hasta la frontera. Boabdelle habia pasado ya más allá de Trípoli, cuando vino á su encuentro un Templario que le hizo aparentemente algun reproche; se siguió luego una disputa, de las palabras se pasó á vias de hecho, y el caballero mató al enviado.

Al llegar á noticia del rey la muerte de Boabdelle, irritado de este acto por las consecuencias que podian sobrevenir, pidió al Gran Maestre, Odon de San Amando, completa satisfaccion, mandándole entregase á Gaultier Dumesnil que era el caballero culpable. San Amando, fundado en las inmunidades de la Órden que acababan de renovarse por la bula anteriormente citada, rehusó entregar su súbdito á los oficiales reales, sosteniendo que el caballero estaba sujeto á su autoridad, y que á este fin estaba arrestado, y se le habia impuesto penitencia; y que como los Templarios estaban inmediatamente sujetos á la jurisdiccion de la Santa Sede, dentro de poco lo remitiria á Roma para que allí fuese juzgado, y que entre tanto prohibia en nombre de la Santa Sede que nadie, fuese quien fuese, se apoderase de dicho caballero.

El rey, sin hacer cargo de las protestas del Gran Maestre, por medio de la fuerza pudo arrebatar al Templario que estaba preso en Sidon, y le trasladó á las cárceles de Tiro.

Hé aquí lo que autoriza al historiador de Amauri para manchar la reputacion del Gran Maestre; hé ahí lo que ha dado lugar á otros escritores (1) para decir que S. Amando, tambien culpable como Dumesnil, fué encarcelado con él y otros cómplices, más pérfidos y más infames que los mismos asesinos, por no haber hecho atencion á las consecuencias funestas de una accion tan criminal como habian meditado. Tales son las circunstancias falsas con las cuales el caballero Jauna ha revestido la accion del Templario Dumesnil; ellas son demasiado odiosas é insultantes para la memoria del Gran Maestre S. Amando y de sus caballeros, para que pasen desapercibidas. A consecuencia del arrebato del rey Amauri en infringir ó atropellar las inmunidades de los caballeros, se temió que se sublevarian todos los religiosos de Siria, no solamente del Temple y del Hospital, sí que tambien de las demás órdenes, los cuales, celosos de sus privilegios, temian que este ejemplo no se repitiera con los otros; pero la muerte de

(1) Pentaleo: De ordinis Joannitarum rebus gestis, lib. 2, pag. 43.—Hist. general de Jerusalem, lib. 3, cap. 2.

Amauri impidió que este asunto produjera consecuencias desagradables, que sin duda hubieran tenido lugar, por cuanto el rey se había propuesto que este asunto se terminara por las potencias extranjeras, y los regulares por su parte hubieran acudido á la Sede Apostólica, que infaliblemente hubiera sostenido su obra.

Como los enemigos del Temple declamaban sordamente que Dumesnil si tal cosa hizo, fué á instigación de sus cohermanos, de ahí es que Guillermo de Tiro no titubeó en hacerlo constar como una felonía premeditada por gente á la cual sería perjudicial la conversión de los asesinos. Esta razón cae por sí misma; los Templarios nada perdían con el tratado, por cuanto el rey se encargaba de su indemnización.

Nosotros encontramos en el modo de contar este hecho ciertas señales de incertidumbre, las que hacen presumir que el historiador de Amauri no estaba bastante instruido del hecho que relataba, por cuanto repite en este lance cuatro veces estas palabras, *como se dice, como se decía*, lo que nos hace recordar la observación de un crítico, hablando de Guillermo de Tiro, á saber, «que se equivoca no solamente en lo que asegura por el testimonio de otro, si que también en lo que pasó en su tiempo y bajo sus ojos (1).» ¿Es creíble, por ejemplo, en lo que asegura tocante á la conversión de los Asesinos? No hay ningún trabajo en concebir cómo y por qué el mahometismo hizo tan rápidos progresos en Asia; pero que una nación compuesta de 60,000 súbditos, la mitad judíos y los demás celosos partidarios de una ley hecha para lisonjear los sentidos, de un golpe se haya desprendido de sus preocupaciones y fanatismo, y haya dicho anatema á Mahomet, renunciado á la vida sensual, derribado sus mezquitas y abandonado el culto exterior del profeta á la sola predicación ó voluntad del Viejo de la montaña, es decir, de un jefe electivo y dependiente de un soberano que podía frustrar sus proyectos y disipar sus prosélitos; esto era demasiado maravilloso para ser creído bajo la palabra de Guillermo de Tiro.

El Bateniano era tan poco cristiano en su alma, que el año siguiente intentó asesinar á Saladino delante de Alepo (2).

Creemos que había tanta realidad en el proyecto de convertirse estos fanáticos, como verdad en la descripción que se hacía de los lugares encantados en donde instruían á sus emisarios. Eran, se decía, magníficos palacios, resplandecientes de oro y pedrería, con mármoles preciosos, adornados y enriquecidos de cuanto el arte y la naturaleza tienen de más raro y maravilloso: de todas las montañas vecinas se habían reunido las jóvenes de una hermosura encantadora, á las cuales se instruía desde su ju-

(1) Pagí, tom. 4, pag. 330, n. 18.—Idem. pag. 660, n. 10 y 11.

(2) Hist. de Saladino por M. Marin, lib. 4, pag. 200.

ventud en el arte de inspirar la voluptuosidad por todos los sentidos, puesto que se las dedicaba á la danza, música y espectáculos; en el recinto de dichos palacios nada faltaba de cuanto podía desearse para una vida de sensualidad, jardines deliciosos, flores y plantas aromáticas, riachuelos de aceite y vino, fuentes de miel y leche, etc. (1). *Credat judæus Apella, non ego.*

El historiador Fleury, después de haber contado la acción de Dumesnil, empieza por atribuirle á la corporación del Temple, y concluye diciendo, que los Templarios y Hospitalarios habían de tal manera degenerado, que los escritores cristianos y mahometanos están acordes, pintándolos como los más perversos de todos los hombres, y que en sus rapiñas y latrocinios no diferenciaban más á los cristianos que á los infieles, con los cuales no guardaban tratados ni palabra.

Ningún fundamento tiene esta inventiva; el papa Alejandro III que entonces ocupaba el solio pontificio, mejor informado que nuestros modernos, usa de un lenguaje muy diferente en sus letras apostólicas (2) y en la bula que hemos copiado; á ella es fácil recurrir, y por cierto que no se hallará en la misma alusión alguna á latrocinios.

Por otra parte, asegurar indefinidamente que los Templarios no hacían diferencia de cristianos ó infieles en el pillaje, esto es detractor de una manera irritante, y es del todo contrario á la conducta que observaron las dos Órdenes en la época de que se trata. Si el historiador eclesiástico hace aquí relación al saqueo de Pelusa, en donde muchos cristianos perecieron en el tumulto, se sabe que los Templarios rehusaron formar parte de esta expedición, y que cuanto sucedió, se debe atribuir menos á la avaricia de los Hospitalarios que al ciego furor del soldado.

Pero ¿á que fin maltratar á los Hospitalarios, con motivo de un muerto que no debe imputarse sino á un solo Templario? decimos de un solo Templario, como puede verse en Mateo de París (3), en Jacobo de Vitri (4) y en el cronista Pipin (5). Estos dos últimos no dicen si el que mató á Boabdelle era ó no caballero.

Un autor tan grave como Fleury, fundado, según pretende, sobre el acuerdo anónimo de escritores cristianos y árabes, para desacreditar á las dos Órdenes, debía á lo menos citar al margen algunos de sus garantes. Sin embargo, no se apoya sino en una vida de Saladino y aun manuscrita, que no ha visto la luz pública y tememos que no la verá nunca, por

(1) M. Pauli Veneti; De Regionibus orientibus, lib. 1, cap. 28.—Item, Chronicon Francisci Pippini cap. 39.

(2) Vet. Scrip. amplissim. Collect., tom. 2, col. 842, 847, 848, 849, 853.

(3) Año 1119.

(4) Jacob. Vitriac.: Hist. de Jerusalem, cap. 11.

(5) Fr. Pippinus in Chronico, cap. 40.